

• • • Isaías 63 • • •

EL CASTIGO Y LA MISERICORDIA DE DIOS

El vocabulario del capítulo 63 nos es familiar por las profecías de Isaías, a saber: Los versículos hablan una vez más de «justicia», «ira», «furor», «venganza» «redención» y «salvación».

[Este capítulo revela] el último acto del drama, el día de la venganza. Acertadamente, vemos su contraparte neotestamentaria en la ira del Cordero (Ap 6.15–17) y en la vendimia del lagar de la ira de Dios (Ap 14.17–20; 19.15); y nos aterramos de ello. Sin embargo, una reflexión sobria nos advierte que nuestra reacción no es de fiar, pues nada sabemos de las emociones propias de la santidad absoluta.¹

UN RECORDATORIO DE LA VENGANZA DE DIOS (63.1–6)

En este sorprendente pasaje, se nos reta a reflexionar en la venganza del Señor una última vez. Los versículos 1 al 2 contienen dos preguntas para el Señor. Puede que estas hayan sido hechas por el profeta, o tal vez, eran las preguntas anticipadas de los que leían la profecía de Isaías. Cada pregunta es contestada inmediatamente, y la respuesta es la misma. El Señor mismo, el Dios de venganza y salvación, era el que traía la paga por los pecados del pueblo.

La venganza del Señor está presentada en la imagen de un ejército «que marcha en [...] poder» y de uno «que [pisa] en lagar», así leemos:

¹¿Quién es éste que viene de Edom, de Bosra, con vestidos rojos? ¿éste hermoso en su vestido, que marcha en la grandeza de su poder? Yo, el que hablo en justicia, grande para salvar. ²¿Por qué es rojo tu vestido, y tus ropas como del que ha pisado en lagar? ³He pisado yo solo el lagar, y de los pueblos nadie había conmigo;

los pisé con mi ira, y los hollé con mi furor; y su sangre salpicó mis vestidos, y manché todas mis ropas. ⁴Porque el día de la venganza está en mi corazón, y el año de mis redimidos ha llegado. ⁵Miré, y no había quien ayudara, y me maravillé que no hubiera quien sustentase; y me salvó mi brazo, y me sostuvo mi ira. ⁶Y con mi ira hollé los pueblos, y los embriagué en mi furor, y derramé en tierra su sangre.

«Bosra», una de las ciudades principales del país llamado «Edom» (vers.º 1), estaba ubicada en la calzada del rey. Estos nombres son usados en este pasaje, como en 34.6, para representar los eternos enemigos de Israel y del Señor. Estas referencias específicas personifican el rencor continuo de las naciones impías para con el Señor y Su pueblo. Dios estaba prometiendo liberar a Su pueblo de todos ellos.

«... éste hermoso en su vestido, que marcha en la grandeza de su poder» parece ser el Mesías, «que [habla] en justicia, grande para salvar». La labor del juicio y la obra de la salvación le pertenecen solo a Él. Las terribles consecuencias de oponerse a Dios y a Su propósito son representadas vívidamente en el presente párrafo.

La respuesta a la segunda pregunta que dice: «¿Por qué es rojo tu vestido...?» (vers.º 2), comienza en el versículo 3, y continúa a lo largo del versículo 6. Cuatro ideas son resaltadas, a saber: la imagen del lagar (vers.ºs 3, 6), el motivo para la ira del Señor (vers.ºs 3, 6), el Mesías trabajando sin ayuda (vers.ºs 3, 5) y el resultado de Su misión, a saber: la redención («mis redimidos») y la salvación («... salvó mi brazo») (vers.ºs 4–5).

El versículo 5 es muy similar a 59.16, donde al Mesías se le identifica como el único que podía alcanzar lo que Dios había prometido. No había «quien se interpusiese [interceder]». Una vez más, se asevera que Su «brazo» es el que trajo

¹J. Alec Motyer, *The Prophecy of Isaiah: An Introduction & Commentary* (La profecía de Isaías: Introducción y comentario) (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1993), 509.

la salvación.

UN RECORDATORIO DE LA GRACIA DE DIOS (63.7–14)

A continuación, vemos el corazón de Dios. Verdaderamente, Su ira ha de ser considerada seriamente; sin embargo, Su ira no es lo último que se menciona. Algunos ven Su ira como un énfasis antiguotestamentario y Su gracia o misericordia como el énfasis neotestamentario, sin embargo, ¡esto es malinterpretar ambos testamentos! La ira y el amor de Dios son dos aspectos del mismo carácter. Ambos son resaltados a lo largo de la Biblia. En esta sección, la ira y la misericordia son reveladas como elementos de Su naturaleza divina. Ambos fueron mostrados cuando Él actuó por medio del Mesías para la redención de Israel.

⁷De las misericordias de Jehová haré memoria, de las alabanzas de Jehová, conforme a todo lo que Jehová nos ha dado, y de la grandeza de sus beneficios hacia la casa de Israel, que les ha hecho según sus misericordias, y según la multitud de sus piedades. ⁸Porque dijo: Ciertamente mi pueblo son, hijos que no mienten; y fue su Salvador. ⁹En toda angustia de ellos él fue angustiado, y el ángel de su faz los salvó; en su amor y en su clemencia los redimió, y los trajo, y los levantó todos los días de la antigüedad. ¹⁰Mas ellos fueron rebeldes, e hicieron enojar su santo espíritu; por lo cual se les volvió enemigo, y él mismo peleó contra ellos.

Las palabras «misericordias» y «piedades», que provienen de la misma raíz חֶסֶד (*chesed*), corresponden a la primera y última palabra en el texto hebreo, respectivamente. ¿Qué había aprendido Judá de sus experiencias acerca de Dios? Este es un Dios de amor y de pacto inquebrantables de principio a fin. Su pueblo escogido se había rebelado contra Él. Habían sido infieles al pacto que tenían con Él y lo trataron con falsedad. No obstante, Dios siguió siendo el mismo; Él es siempre fiel a Sus promesas. David fue consolado grandemente con esa idea cuando confesó sus pecados al Señor (Salmos 51). Podemos confiar siempre en Su «misericordia».

Los versículos 8 al 9 describen la actitud de Dios para con Israel a lo largo de su historia. Su «amor» y «misericordia» han sido constantes para con ellos. La declaración «En toda angustia de ellos él fue angustiado» nos recuerda de un pasaje acerca de Jesús, que dice:

Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades,

sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro (Hebreos 4.15–16).

Hay un triste resumen en el versículo 10a que dice: «Mas ellos fueron rebeldes». La historia de Israel estuvo marcada por la rebelión contra su santo Dios, e «hicieron enojar su santo espíritu» (vers.º 10b). Pablo advirtió a los cristianos de Éfeso diciéndoles: «Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención» (Efesios 4.30). Isaías se refirió al Espíritu Santo como a una persona, diciendo: «... por lo cual se les volvió enemigo, y él mismo peleó contra ellos» (vers.º 10c). El alejamiento de Dios experimentado por pueblo constituyó ser la terrible consecuencia de su rebelión.

¹¹Pero se acordó de los días antiguos, de Moisés y de su pueblo, diciendo: ¿Dónde está el que les hizo subir del mar con el pastor de su rebaño? ¿Dónde el que puso en medio de él su santo espíritu, ¹²el que los guió por la diestra de Moisés con el brazo de su gloria; el que dividió las aguas delante de ellos, haciéndose así nombre perpetuo, ¹³el que los condujo por los abismos, como un caballo por el desierto, sin que tropezaran? ¹⁴El Espíritu de Jehová los pastoreó, como a una bestia que desciende al valle; así pastoreaste a tu pueblo, para hacerte nombre glorioso.

En contraste, los versículos 11 al 14 hablan de los días de la gloria de Israel, diciendo: «Pero se acordó de los días antiguos, de Moisés» (vers.º 11). Se acordaron de su rescate de Egipto al dividir el Mar Rojo (vers.º 12). También se acordaron de la guía y los actos salvadores de Dios en el desierto (por ejemplo, al proveerles el maná, conducirlos con una nube en el día y una columna de fuego en la noche). Por medio de estos actos divinos, Dios hizo para sí un «nombre perpetuo». (Vea Éxodo 14.16–29.)

DIOS, EL PADRE DE ISRAEL (63.15–19)

¹⁵Mira desde el cielo, y contempla desde tu santa y gloriosa morada. ¿Dónde está tu celo, y tu poder, la conmoción de tus entrañas y tus piedades para conmigo? ¿Se han estrechado? ¹⁶Pero tú eres nuestro padre, si bien Abraham nos ignora, e Israel no nos conoce; tú, oh Jehová, eres nuestro padre; nuestro Redentor perpetuo es tu nombre. ¹⁷¿Por qué, oh Jehová, nos has hecho errar de tus caminos, y endureciste nuestro corazón a tu temor? Vuélvete por amor de tus siervos, por las tribus de tu heredad. ¹⁸Por

poco tiempo lo poseyó tu santo pueblo; nuestros enemigos han hollado tu santuario. ¹⁹Hemos venido a ser como aquellos de quienes nunca te enseñoreaste, sobre los cuales nunca fue llamado tu nombre.

El pueblo le solicitó a Dios que observara sus circunstancias actuales, como lo había hecho durante la esclavitud egipcia. Aun con la enseñanza de Isaías, no lograron darse cuenta de que Dios los estaba castigando debido a sus propios pecados (vers.º 15).

Clamaron a Dios diciendo: «Pero tú eres nuestro padre». En el versículo 16, Dios es llamado «nuestro padre» dos veces. El nombre «padre» se le aplica a Él solamente seis veces más en el Antiguo Testamento.² Con la venida de Jesús, Su Hijo, la paternidad de Dios fue más explícita. El «Israel» originario no reconocía esta realidad, pero el «Israel» espiritual, ¡sí lo hace!

Parece ser que el pueblo culpaba a Dios por los problemas de ellos, diciendo: «¿Por qué, oh Jehová, nos has hecho errar de tus caminos, y endureciste nuestro corazón a tu temor?» (vers.º 17). No obstante, el efecto de Su voluntad se ve aquí como una causa. El endurecimiento del corazón de Faraón contra Dios es un paradigma, a pesar de que en ese pasaje se usa una palabra diferente para «endurecimiento del corazón». El mandamiento era «Deja ir a mi pueblo». Cuando Faraón rehusó, su corazón se endureció y sufrió las consecuencias. Los hijos de Israel igualmente rechazaron las exhortaciones del profeta Isaías, dando como resultado que sus corazones fueran endurecidos. No ha de culparse al Señor, sino, a las decisiones mismas de las personas. El llamamiento de Isaías en el capítulo 6 anunció este resultado para los que desafiarían la voluntad del Señor.

El pueblo lamentó el corto tiempo que tuvieron posesión del templo (vers.º 18) y la separación que estaban experimentando. Se sentían iguales a los que nunca habían sido llamados por Dios (vers.º 19).

PREDICACIÓN DEL TEXTO

CUANDO DIOS VISTE DE ROJO (Capítulo 63)

Entre el profeta y el Señor ocurre una especie de diálogo al comienzo del capítulo 63. Isaías preguntó:

² Deuteronomio 32.6; Salmos 89.26; Isaías 9.6 (donde «Padre Eterno» es una referencia al Mesías); 64.8; Jeremías 3.4, 19. Vea también las comparaciones de Dios con un padre en Malaquías 1.6; 2.10.

«¿Quién es éste que viene de Edom, de Bosra, con vestidos rojos?» (vers.º 1a) El Señor respondió: «Yo, el que hablo en justicia, grande para salvar» (vers.º 1b). El profeta además preguntó: «¿Por qué es rojo tu vestido, y tus ropas como del que ha pisado en lagar?» (vers.º 2). El Señor respondió y en efecto esto fue lo que dijo: He pisado a los enemigos de mi pueblo con mi ira. Su sangre salpicó mis vestidos y he manchado todas mis ropas con su sangre (vers.º 3).

El lenguaje utilizado en este pasaje es altamente figurado. Describe a Dios en Su poder, liberando a Su pueblo de los terrores y peligros de sus enemigos. A Edom se le describe como la nación contraria. Los edomitas siempre se han opuesto al pueblo de Dios, y en este pasaje, Isaías los usó como símbolo de todos los que deseaban derrotar a Israel. Dios dijo que estaba vestido de rojo, o que Sus vestidos estaban salpicados de sangre. Había vencido al enemigo, pisando a los pueblos que desafiaban a Israel. En Su ira, había derramado la sangre de ellos en tierra, manchando sus vestidos con esa sangre.

Por encima de esta expresión figurada, surge una pregunta conmovedora que dice: «¿Cuándo viste Dios de rojo?». Dicho de otra manera, podríamos preguntar: «¿Cuando está Dios cubierto de sangre?». Las Escrituras responden a esta pregunta de un modo dramático y claro.

Dios viste de rojo cuando viene a la defensa de Su pueblo. Esta es la importante verdad que enseña el pasaje. Dios dijo: «Y con mi ira hollé los pueblos, y los embriagué en mi furor, y derramé en tierra su sangre» (vers.º 6). La figura resalta cuán completamente destruye Dios a los enemigos de Su pueblo. Al final, derramó la sangre de ellos en tierra.

Esta representación de Dios es una imagen que no debemos olvidar. El rodea a Su pueblo con Sus portentosos brazos. No hay nación, ni persona, ni potencia de ninguna clase que pueda hacerles daño. Los enemigos que traten de acercárseles serán hollados por Dios hasta que Este quede salpicado con la sangre de ellos.

Además, Dios viste de rojo cuando perdona nuestros pecados. Lo ha hecho por medio de Su Hijo Jesús. Tal vez, a un nivel más alto, se deja ver un indicio del futuro en esta descripción. Apocalipsis 1.13 presenta a Jesús «vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro». Más adelante, la escena es muy diferente, pues se le presenta montado sobre un caballo blanco. Así leemos: «Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo,

blanco y limpio, le seguían en caballos blancos» (Apocalipsis 19.13–14).

La única manera para que Dios nos salve era dejando que Su Hijo vistiera de rojo, que se ataviara con un atuendo real de sangre. Este fue el precio del regalo de la salvación de Dios, el cual nos lo ha dado gratuitamente. Juan dijo así de Jesús: «Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre» (1ª Juan 5.6). Más adelante dijo que el agua, la sangre y el Espíritu dan un testimonio que no puede ser negado, así leemos: «Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida» (1ª Juan 5.11–12).

UNA VERDAD INVALUABLE

Dios, en Su amor y misericordia, nos ofrece la salvación (63.8–9).

Sumado a todo lo anterior, Dios viste de rojo cuando lleva nuestras cargas. En el camino de Damasco, cuando Jesús se le apareció a Saulo, le preguntó: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (Hechos 9.4). Saulo quedó sorprendido por tal pregunta, puesto que no sabía de algo que le estuviera haciendo a Jesús. Perseguía enérgicamente a Sus seguidores porque consideraba que ellos eran apóstatas que merecían ser castigados, sin embargo, no había tocado a Jesús. En su confusión, preguntó: «¿Quién eres, Señor? Y le dijo: Yo soy Jesús, a quien tú persigues» (Hechos 9.5). El darse cuenta de que, lo que

se les hacía a los seguidores de Jesús se le hacía a Este, debió haber calado en la mente de Saulo con tremenda fuerza.

Dios nunca está lejos de Su pueblo. Envío a Cristo («Dios con nosotros»; Mateo 1.23) para que caminara entre los hombres y entendiera nuestro sufrimiento. Apocalipsis 2.1 muestra a Jesús caminando en medio de los candeleros. Estos candeleros son las iglesias; cuando sufrían, Jesús caminó con ellas. Jesús nos pidió ir y hacer discípulos, y prometió estar con nosotros (Mateo 28.19–20). A medida que Pablo realizaba sus viajes misioneros, fue forzado a dejar ciudades y a veces fue golpeado y apedreado. No obstante, cada gota de sangre que surgía de Pablo, surgía de Jesús. Cada moretón, cada llaga, cada cicatriz que aparecía sobre Pablo, fue llevado por Jesús. Pablo dijo: «... traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús» (Gálatas 6.17); sin embargo, Jesús podía decir: «Traigo en mi cuerpo las marcas de mis discípulos».

Cuando nos imaginamos a Dios vistiendo de rojo, no podemos evitar decir: «De las misericordias de Jehová haré memoria, de las alabanzas de Jehová, conforme a todo lo que Jehová nos ha dado, y de la grandeza de sus beneficios hacia la casa de Israel, que les ha hecho según sus misericordias, y según la multitud de sus piedades» (vers.º 7). ¡Espera en Dios! Vea que más allá de Su gloria y Su gran majestad, Él viste de rojo, esto es, el rojo sangre de la ira en defensa de Su pueblo; el rojo real rubí de la redención; y el rojo salpicado de la sangre de los mártires. ¡Qué gran Padre tenemos!, ¡un Padre que viste de rojo!

Eddie Cloer

Autor: Don Shackelford

©Copyright 2005, 2009, por LA VERDAD PARA HOY

Todos los derechos reservados